

Expedición a Bonampak 1949.

Fotografías de Manuel Álvarez Bravo y Arturo Sotomayor

Deborah Dorotinsky Alperstein

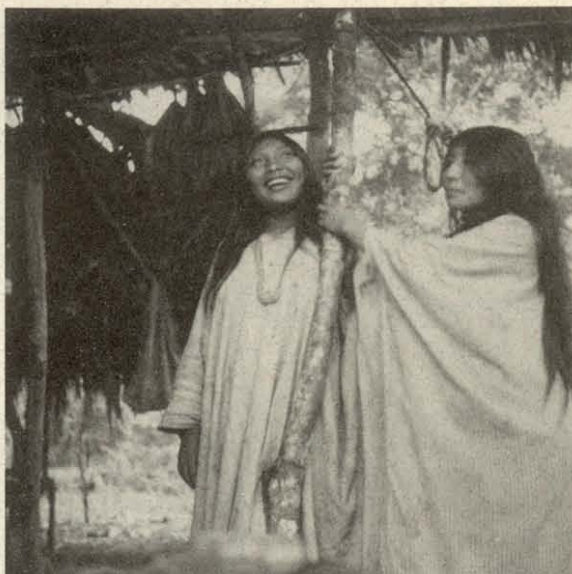
La galería de la colección fotográfica formada por Manuel Álvarez Bravo para la Fundación Televisa, ofreció al público, entre diciembre del 2003 y enero del 2004, una muestra de las fotografías tomadas en 1949 durante la expedición patrocinada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) a Bonampak. De este modo, Casa Lamm y la Fototeca Sotomayor hicieron llegar a los interesados en la historia de la fotografía un fragmento de la que fue una sonada y trágica expedición. Lo encontrado por los investigadores, además de las ruinas de Bonampak y la experiencia azarosa de adentrarse por la selva, fue el mundo cultural de los lacandones. De hecho, la mayor parte de las fotografías presentadas muestran el encuentro entre los expedicionarios y algunos miembros de este grupo étnico. Fue Fernando Gamboa, museógrafo y entonces director del INBA, quien apoyó el viaje. El grupo expedicionario estaba integrado de la manera siguiente: el escenógrafo Julio Prieto, jefe del grupo, el arqueólogo Carlos R. Margáin, el pintor Raúl Anguiano, Jorge Olvera, arqueólogo y dibujante, el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, los periodistas Arturo Sotomayor y Luis Lara Pardo, el museógrafo Fernando Gamboa, el arquitecto Alberto T. Arai, el químico Andrés Sánchez Flores, Luis Morales, camarógrafo del Noticiero Cinematográfico Mexicano, el doctor José Puig y Carlos Frey, descubridor éste de la zona arqueológica quien ideó la expedición y fue jefe de campo, más el grabador chiapaneco Franco Lázaro Gómez. La expedición partió a fines de abril y retornó en el curso de la primera quincena de mayo, después de haber sufrido una serie de penosos y mortales percances. En ella perdieron la vida, ahogados en el río Lacanjá, Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez.¹

A raíz de esa expedición y otras visitas a la selva, el arqueólogo Carlos R. Margáin publicó en 1951 *Los lacandones de Bonampak*, a través de Ediciones Mexicanas. Margáin inicia su texto con una breve cita de una conversación que tuvo con los lacandones la noche del 31 de diciembre de 1950, es decir, a más de un año de la expedición del INBA. En un tono coloquial y anecdótico, Margáin va develando el verdadero descubrimiento realizado en 1949: la vida de los lacandones y la relación que en el imaginario nacional de esos años se fue construyendo entre ese grupo indígena y la arquitectura maya. De una manera muy condensada, Margáin relata el sentimiento que embargó a los miembros de la expedición durante su estancia en la selva:

...el pasado y presente de México y del mundo entero, lo presentaba esa selva donde la vida y la muerte hierven, de día y de noche, hora tras hora, día tras día. Desde el principio del mundo, el hombre hubo de enfrentarse con esas fuerzas tremendas: las de la naturaleza. La Selva: el principio de la lucha.



Manuel Álvarez Bravo (atribuida), *sin título*, Chiapas, México, 1949. Col. Fototeca Sotomayor (cortesía Casa Lamm)



Manuel Álvarez Bravo (atribuida), *sin título*, Chiapas, México, 1949.
Col. Fototeca Sotomayor (cortesía Casa Lamm)

Los “Palacios”, los Templos (hoy en ruinas, esplendorosos otrora): el dominio del Hombre; la indudable pero no perenne, victoria de éste sobre aquellas fuerzas. Las ruinas de los “Palacios”, los Templos, ahogadas por la selva otra vez dueña y señora: la derrota del una vez victorioso racional. Los lacandones: la tenacidad, el instinto vital del hombre desafiando, después de la derrota, después de mil años, a esas fuerzas que otrora venciera, pero que lo habían dominado nuevamente casi por completo.²

Esta larga cita nos permite apreciar las impresiones que de esa expedición de 1949 guardaba el arqueólogo: la selva, las ruinas prehispánicas, los lacandones, herederos de la antigua vida de los mayas. En el discurso de Margáin se entreve que los indios lacandones eran considerados, en buena medida, como una suerte de fósiles vivos, restos humanos de aquellas grandes culturas de antaño, como en una especie de resaca del evolucionismo decimonónico. Pero se advierte también a lo largo de todo su relato, un tono diferente, definitivamente más respetuoso y empático, que tal vez anuncia una postura de mayor relativismo cultural. Lo que resulta más interesante, sin embargo, es la triada que se forma entre arqueología, geografía y etnografía: las ruinas, la selva y los indios. Conjugados, la selva, Bonampak y los lacandones, formaban parte de un poderoso elemento dentro del imaginario nacional; unían en una misma frase, por decirlo de algún modo, el espacio, el tiempo y la cultura. Tengo para mí que es precisamente ese amalgamamiento de un espacio físico, un tiempo histórico y un rostro concreto lo que tanto Sotomayor como Álvarez Bravo ofrecen de forma personal en sus fotografías. Otras imágenes de este acervo nos permiten apreciar a los exploradores viendo fotografías con los lacandones, y a los mismos miembros de la expedición en actitudes cotidianas, escribiendo, tomando fotografías, revisando las ruinas, etcétera.

Tenemos así una visión más completa, si además tomamos en cuenta el metraje filmado por Morales, de este encuentro entre los hombres del México moderno —de la capital— y el recóndito mundo de la selva, con los lacandones y las ruinas como sus habitantes.

Algunos de los materiales fotográficos de esta expedición se exhibieron de febrero a abril del 2002, en la exposición *Cien Años de Luz; memorias de la Selva Lacandona* en el Museo de San Carlos, en la Ciudad de México, dentro del marco de homenaje al centenario de Manuel Álvarez Bravo. A través de doce fotografías se nos ofreció entonces esa faceta menos conocida de Álvarez Bravo, la documental (una cara del fotógrafo que, por cierto, está poco o nada estudiada por los historiadores de la fotografía). Hay dos imágenes muy conocidas de don Manuel que deben de provenir de este mismo viaje. Se trata de *Margari-ta de Bonampak* y de *Cazador Lacandón*. Las fotografías atribuidas a Álvarez Bravo están realizadas en un ángulo más contrapicado que las atribuidas a Sotomayor. En las de los niños, particularmente los que se encuentran frente a la ceiba, éstos fueron fotografiados no completamente de frente sino ligeramente de costado y en un contrapicado que los agranda. Esta imagen intenta hacer una comparación entre las formas del tronco en el fondo y las túnicas de los muchachos lacandones. Su calidad deriva en buena medida de la posibilidad que tiene el ojo receptor de encontrar la analogía formal. Otra imagen que puede ser atribuida a Álvarez Bravo es la de unas mujeres mirándose en el espejo; de cierta forma anuncia su conocido *Retrato de lo eterno*, en esa vieja asociación entre la mujer y la vanidad, la belleza y las cosas transitorias de la vida (*vanitas*).

Las imágenes atribuidas a Sotomayor demuestran una mayor familiaridad con el fotorreportaje, donde la fotografía debe funcionar como una fuente directa

de documentación de la expedición, de la selva, de las ruinas, de los indios y de los expedicionarios en sus diversas peripecias en el camino. Por otro lado, no faltaron tampoco algunos dibujos de Anguiano, que sirvieron para su conocido lienzo *La espina*, donde retrata a la misma Margarita de Bonampak de la conocida fotografía de Álvarez Bravo (y de quien se dice fue compañera de Carlos Frey).

Bajo el título de “Manuel Álvarez Bravo. Dans la forêt des Lacandons”, la publicación *Rhinocéros féroce*, en su número 10, ofrece a la venta un lote de estas fotografías, supuestamente impresiones de época. Expuestas según entiendo en la librería Serge Plantureux en el 2001, en París. No tenemos noticias de cómo llegaron a manos del señor Plantureux estas imágenes, pero resulta interesante que estas fotografías, vistas en su momento y olvidadas, ahora se encuentran en circulación en el mercado y su precio oscila entre los 500 y 1500 euros. Este ejemplo puede servir para destacar la manera en que las imágenes pueden adquirir nuevos valores y significados cuando son puestas en circulación en diferentes momentos históricos. Otrora documentos testimoniales de un descubrimiento arqueológico, ahora preciados fragmentos de la historia de la fotografía mexicana.

En general se reconoce a Carlos Frey como el descubridor de la zona arqueológica, entre 1945 y 1946. Dos expediciones a Bonampak antecedieron a la del INBA en 1949. La primera fue realizada por el Carnegie Institute de Washington, en 1946. En ella viajó Giles Greville Healey, a quien se debe —según Frans Blom y Gertrude Duby— el honor de haber sido el primero en llamar la atención mundial sobre “este tesoro de arte maya que son las pinturas murales”.³ Si lo hizo fue en buena medida gracias a que documentó sus hallazgos a través de fotografías. La otra expedición se realizó bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en 1947. Para el viaje del INAH, Agustín Villagra y Antonio Tejeda fueron los encargados de realizar los dibujos de los murales del sitio arqueológico. Como documentos históricos, estas imágenes, así como las fotografías de la Expedición a Bonampak en 1949, son valiosas pues nos ayudan a reconstruir historiográficamente fragmentos del pasado de la arqueología y la etnografía nacionales, y nos permiten vislumbrar no sólo una iconografía fotográfica propia del género de expedición documental, sino del papel que las fotografías juegan en la difusión de la cultura, la conservación del patrimonio cultural y la investigación de los grupos étnicos. Asimismo, sirven para adentrarnos en una reflexión sobre la concepción que de sí mismos tenían los hombres que manejaban las cámaras y los cuadernos, y el rol que sentían les tocaba jugar en el descubrimiento de los espacios más recónditos del México desconocido.



Arturo Sotomayor, *sin título*, Chiapas, México, 1949. Col. Fototeca Sotomayor (cortesía Casa Lamm)

Notas

¹ Véase Cecilia Haupt, “Homenaje a Manuel Álvarez Bravo” y Mariana Anguiano, “Manuel Álvarez Bravo y Raúl Anguiano viajan a la selva lacandona”, ambos en *Humanidades*, núm. 225, México, UNAM, febrero 20 de 2002, pp. 1,14 y 15.

² Carlos R. Margáin, *Los lacandones de Bonampak*, México, Ediciones Mexicanas (Enciclopedia Mexicana de Arte, 13), 1951, p. 33.

³ Frans Blom y Gertude Duby, *La selva lacandona. Andanzas arqueológicas*, México, Cvltrva, T.G., S.A., 1957, pp. 137-138.